LIBROdot.com

LINA

OSCAR METENIER



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Con la mirada febril y con la frente apoyada en la palma de la mano, Gustavo comenzó así el relato de su historia:

-¿Quieres saber por qué me quedé frío, anoche, ante los besos exquisitos de esa mujer que se llama Jenny Dinar?... ¿Quieres saber cómo pude, ¡yo, que soy el hombre más apasionado, más nervioso y más ardiente de la tierra!, resistir a la tentación?

Pues bien, vas a saberlo en seguida; yo habría querido sepultar para siempre ese secreto en el fondo de mi corazón, pero tú eres mí amigo, mi mejor amigo y no me creo con derecho para ocultarte nada.

Además quiero que tu alma virgen se ponga en guardia contra las emboscadas del amor.

Tú no has amado nunca... ¡ojalá continúes toda tu vida sin sentir los tormentos del amor...! Mira, yo cometí la locura de enamorarme una vez y desde entonces tengo una herida en el corazón que ni el tiempo mismo podrá cicatrizar.

Si por casualidad, o por desgracia, el amor te coge entre sus redes y una mujer te cautiva, trata, por lo menos, de que esa mujer no sea una cortesana.

Muchos hombres han querido defender a las vendedoras de caricias; muchos filósofos han hablado de rehabilitación, jurando que el amor lo purifica todo, pero esas son palabras viejas y frases vanas que ni La Dama de las Camelias logró convertir en axiomas.

La mujer que se prostituye, no deja nunca de sentir la nostalgia abominable del fango. Una vez que la fatalidad la hace caer en medio del arroyo, nadie puede salvarla; si la mano del deseo la levanta, la mano del Destino la hace caer de nuevo, algunos momentos después. La prostitución hace pensar en esos abismos terribles al fondo de los cuales es muy fácil caer y por cuyos bordes nadie puede trepar. Si el amor desciende a veces con el propósito de hacer una buena acción salvando una alma perdida, las cambroneras y los abrojos le quiebran las alas y su cuerpo de armiño va a caer entre el fango, al lado de su protegida.

Por eso, amigo, trata de que tu corazón sea siempre libre, pues sólo de esa manera podrá ser siempre fuerte. Cuando la bestia aúlle, cuando la carne grite, coge a una mujer, pero no la ames nunca más de una hora... ¡Ninguna cortesana es digna del amor supremo!...

Gustavo se detuvo, apuró el licor dorado de su copa y continuó diciendo:

-Hace un año; yo atravesaba los jardines de Luxemburgo a eso de las siete de la noche; los guardianes comenzaban ya a cerrar las grandes puertas, y las avenidas de plátanos estaban casi desiertas, cuando de repente noté que una muchacha, una niña, lloraba tristemente en un banco de piedra.

Me acerqué a ella, lleno de curiosidad y de compasión. Su juventud (no tenía aún dieciocho años), su hermosura y aun su mismo trajecillo negro y modesto, me parecieron deliciosos. Ella me dirigió una mirada suplicante y sus ojos azules, hermosísimos, húmedos, me impresionaron profundamente obligándome a sentarme a su lado y a coger entre mis manos enguantadas las suyas ardientes y pequeñitas.

Le pregunté por qué lloraba. Y entonces comenzó a decirme, sollozando, la historia de sus desgracias. Su madre había muerto cuando ella estaba aún en la cuna; su padre no se había casado de nuevo, pero, en cambio, vivía maritalmente con una mala mujer; además se emborrachaba todos los días y la maltrataba con cualquier motivo. Desesperada y temiendo que el autor de sus días le rompiese una noche la columna vertebral, se escapó de su casa una mañana de primavera.

Durante un año nada faltó a su dicha. Sin acordarse del pasado y sin pensar en el porvenir, vivió alegremente al lado de su amante. Era éste un joven guapo que si no hubiese tenido un carácter tan malo, habría sido perfecto. Pero su violencia era tal, que cuando se levantaba de mal humor siempre encontraba pretexto para maltratar a su querida; ella lo perdonaba siempre, pues en realidad lo quería mucho.

Una noche, cuando ella volvía de dar un paseo, la portera de la casa en que vivían sonrió maliciosamente al verla entrar... Su habitación estaba vacía y una carta que el estudiante había dejado en un lugar visible, decía a la pobre Lina: "que no contase nunca más con su protector, que él había ya acabado sus estudios y se volvía a su tierra"... Y nada más, ni una palabra triste, ni un adiós tierno, ni un beso de despedida... "¡Nada más!" -repetía Lina sin fijarse en que el sobre también contenía un billete de veinte duros.

* * *

El día que yo la encontré, ya no le quedaba un solo franco de los cien que el estudiante le había dejado y como ni tenía amigos, ni tenía casa, se veía en la necesidad de vender su cuerpo para comprar un pedazo de pan.

Sus palabras me conmovieron tan profundamente, que, sin poder decirle una palabra, me levanté y la ofrecí el brazo. Ya era de noche. Ella me siguió. Ya en casa, su hermosura me apareció, ante la luz de la lámpara, en todo su esplendor maravilloso.

Aquellas facciones que no había podido ver claramente en las avenidas medio oscuras del Luxemburgo, tenían una delicadeza exquisita. Su nariz recta y fina, sus labios rojos y húmedos, su garganta satinada y nívea, sus dientes pequeñitos y blancos, su pie de

Quimera, su mano de duquesa, su barba redonda dividida por un agujero rosado, todo, en fin, era en ella perfecto, delicioso, adorable...

Debo confesarte que la confianza candorosa e inocente con que había seguido mis pasos y se había abandonado a mí sin condición, me sedujo en el acto. Yo comenzaba ya a sentir las llamas del amor, pero rechacé avergonzado la mala tentación que me aconsejaba aprovechar el abandono de mi protegida.

-La historia de vuestras desgracias -le dije al fin- me ha conmovido. He aquí mi cama por esta noche; mañana os buscaré un cuarto.

Ella me dirigió una mirada llena de agradecimiento, aunque algo inquieta.

-En cuanto a mí -agregué- tengo que escribir muchas cartas; cuando acabe, me acostaré en el sofá.

Sus ojos me dijeron: "gracias". Luego comenzó a desnudarse lentamente, con el rostro encendido por el rubor. Yo volví la cabeza.

Cuando ella se hubo acostado, con los hermosos cabellos destrenzados cayendo como una cascada de jerez sobre el mármol de sus hombros, no pude contenerme y me lancé para imprimir un beso ardiente en su cuello delicioso... Me detuve. Mi amor respetuoso le había devuelto la virginidad y la pureza."

* * *

Al día siguiente Lina se instaló en un cuarto vecino al mío y que por casualidad se encontraba desocupado.

Todas las mañanas ella se levantaba antes que yo, y venía a llamar a mi puerta. Yo la besaba siempre; luego cogía mis libros... Y mientras el estudiante repasaba sus lecciones, la pobre niña bordaba al lado de la ventana o se confeccionaba algunos vestidos que buena falta le hacían ya.

Yo me pasaba largos ratos, con la mirada fija en ella, viéndola hacer dobleces pequeñitos en el borde de la tela y oyéndola cantar, embebecido, la única canción que sabía, la canción de Musette.

¡Ah! para mí Lina era la representación de todas las bellezas alegres de Murger; era Musette, era Mimí; yo creía descubrir en sus palabras y en sus actos, el germen de todas las pasiones fantásticas, de todos los defectos, de todas las delicadezas y de toda la afección de las heroínas de La Vida de Bohemia!

Cien veces estuve a punto de levantarme para besar apasionadamente los rizos blondos de su nuca y para estrechar entre mis brazos su cuerpo delicioso... Cien veces me contuve.

Lo que me detenía era el temor de que Lina se figurase que trataba de obtener el precio de mis servicios.

Yo quería que ella se entregara, pero no por agradecimiento sino por amor. Esperé quince días... Al fin una mañana entró en mi cuarto con los ojos encendidos y los párpados fatigados; sentóse sobre mis rodillas y después de estrecharme amorosamente entre sus brazos, me dijo, mirándome con ternura:

-Tú me salvaste, Gustavo, de la miseria, de la vergüenza, de la muerte tal vez... Tú sabes bien que yo soy tuya, que yo te pertenezco, que soy de tu propiedad... ¿Por qué, sin embargo, nunca me pides nada?... ¡Ah! es porque no me quieres!... Soy muy desgraciada, Gustavo...

Y se echó a llorar.

Yo, naturalmente, no me contuve: la cogí entre mis brazos, la besé, la abracé, la cubrí de caricias ardientes como el fuego, dulces como la miel...y desde aquel día ella no volvió a dormir en su cuarto"

* * *

Los meses siguientes fueron los más dichosos de mi vida. Yo trabajaba con el alma tranquila, al lado de Lina, durante toda la semana; y cuando llegaba el domingo, levantábamos alegremente el vuelo dirigiéndonos al bosque de Meudón o al bosque de Clamart. ¡Ah! cuando me acuerdo de aquellos almuerzos deliciosos sobre la hierba y de aquellos paseos bajo los árboles seculares de las alamedas, la sangre brota a mares de mi corazón, pensando en que todos esos instantes encantadores pasaron ya... ¡para no volver jamás!...

Queriéndonos como nos queríamos y teniendo bastante dinero para no tener que preocuparnos por las necesidades materiales de la vida, nuestra dicha era completa. Yo creí que también sería eterna.

Desgraciadamente al fin llegó una época en que las canciones alegres comenzaron a ser menos frecuentes. A veces Lina se asomaba al balcón y, apoyándose sobre la baranda, pasaba horas enteras embriagándose con el ruido de la calle. Entonces yo le preguntaba:

-¿Qué tienes? ¿Por qué estás triste?

-Nada, te aseguro que no tengo nada.

Y luego me sellaba los labios con un beso.

Yo no daba gran importancia a ese cambio de carácter y pronto llegué a encontrarlo muy natural.

Por lo demás, ella seguía siendo buena, amable, cariñosa.

*** * ***

Una noche, al volver a casa, encontré mi cuarto vacío...

Lina se había marchado... sobre mi mesa de trabajo había una carta... ¿Sabes lo que decía esa carta?... Oye:

"Perdona, mi querido Gustavo, esta fuga. Tarde o temprano teníamos que separarnos y el momento de la separación habría sido muy cruel; por eso he querido pasar un rato de vergüenza antes que pasar un rato de tristeza; y en vez de despedirme, me he fugado. No sabes cuánto te agradezco lo bueno que has sido; mi agradecimiento no morirá sino conmigo; pero yo era demasiado dichosa a tu lado y las mujeres como yo no merecen tanta felicidad...

"¿Creerás que viviendo contigo he pensado muchas veces, con verdadera tristeza, en... el otro... en el que me maltrataba?... ¿Por qué no me maltrataste tú también?... "LINA."

La crueldad del golpe me agobió por completo. Tanto la amaba, que habría querido morir... Algunas horas después me dijeron que Julio, el mozo del hotel, se había escapado con ella. Ahora vive en uno de los barrios más elegantes, bastante lejos de nuestro país latino. Sé también que Julio la protege y que ella paga bien caro esa protección... ¿Sabrá él maltratarla?...

En cuanto a mí, sigo sufriendo y probablemente sufriré durante toda la vida; pero el amor que vivía en el fondo de mi corazón se ha trocado en un desprecio profundo por las mujeres livianas...

Y esa es la causa, querido amigo, de que me haya quedado frío anoche, ante los besos de esa mujer exquisita que se llama Jenny Dinar... y así se explica que yo, el hombre más apasionado, más nervioso y más ardiente de la tierra, haya podido resistir a esa tentación encantadora y adorable...

Fin